



Entrevista con Ryszard Kapuściński

## «Los periodistas se han vuelto hombres que no piensan»

El periodista polaco tenía una profunda preocupación sobre el estado actual de la prensa, en particular por el hecho de que hoy se buscan noticias que sean rápidamente vendibles y de fácil transmisión en vez de privilegiar su contenido de verdad. Y aunque el desaparecido autor de libros como *El Sha*, *El Imperio* y *La guerra del fútbol* reconocía que las soluciones a este problema no eran fáciles, no dudaba en señalar un camino claro: volver a las raíces, volver hacer del periodismo una misión de vida.

---

**Juan Pablo Toro**, es director de *El Mercurio* de Valparaíso. Fue corresponsal de The Associated Press en Colombia entre 2000 y 2005. Es periodista y magíster en Ciencia Política de la Pontificia Universidad Católica de Chile, y diplomado en Seguridad Nacional por el Instituto Tecnológico Autónomo de México (ITAM).

**R**yszard Kapuściński (1932-2007) era un hombre con una misión: hacer periodismo. Y aunque suene sencillo, para el polaco esto significaba un peregrinaje constante por el mundo con el objetivo de descubrir cómo viven las personas desde Nagorno-Karabaj a Luanda. Sólo a través del contacto directo con los otros era posible entender las causas profundas que detonan una revolución o que provocan el derrumbe de un imperio. Además, este permanente cruce de fronteras debía de ir acompañado de lecturas oportunas y reflexiones libres: algo clave para darle sentido a la historia en la tradición del periodismo europeo. Lo más importante de todo, es que se trataba de un viaje donde no había concesiones. Al fin y al cabo, un periodista es alguien que deja el confort del hogar para partir a lugares desconocidos sin otro objetivo que describirlos, aunque eso le signifique toparse con guerras, enfermedades tropicales o la falta de dinero fresco en los bolsillos.

El formato preferido por Kapuściński para reunir sus experiencias era el reportaje, un espacio suficientemente amplio y flexible para dar vida a títulos como *La guerra fútbol*, *El Sha*, *El Emperador* y *El Imperio*. Para muchos seguidores del polaco se trata de clásicos del periodismo, por la forma como, a través de una colorida descripción de los hechos y una aguda reflexión, se pintan finos cuadros de época y lugares remotos. No en vano Gabriel García Márquez lo llamaba «maestro». Pero otros, y sobre todo a raíz de su muerte en enero, sacaron a relucir el tema de la supuesta falta de rigurosidad que denotan las crónicas del autor. *The Economist* de forma elegante dijo que «era mejor escritor que reportero», mientras la revista *Slate* publicó un artículo titulado «Las mentiras de Kapuściński», donde expuso varias y significativas imprecisiones del polaco.

En mayo de este año, la edición polaca de la revista *Newsweek* reveló que, según consta en archivos oficiales, Kapuściński colaboró con los servicios de inteligencia de su país de 1965 a 1972. Sin embargo, el mismo subeditor en jefe de *Newsweek* Polonia y coautor del artículo, Aleksander Kaczorowski, aclaró en el diario *Reforma* de México que en aquellos años era casi imposible abandonar el país sin firmar un documento para cooperar con el régimen: Kapuściński no fue un espía, sino una persona que se vio forzada a colaborar con los servicios

de inteligencia en contra de su voluntad». El punto es que quizás sin esa colaboración forzada, que ni siquiera se tradujo en informes relevantes por lo que se sabe, no existirían los reportajes y libros que tanto han dado que hablar.

Dejando de lado toda polémica, Kapuściński describía su escritura como «creativa no-ficcional», es decir, no apoyada en la imaginación y donde su mayor licencia consistía en diseñar la estructura donde se insertaban los hechos, descripciones y citas. «Viajar descubriendo, la lectura y la reflexión conforman, todo unido, mis textos», dijo alguna vez. Quienes valoran sus relatos, entonces, no lo hacen por la exactitud de la reconstrucción de una historia en particular, sino por el talento para presentarla con la verosimilitud que permite ir al fondo de la misma.

Conocí a Kapuściński en el Hotel Ópera en el colonial barrio de La Candelaria de Bogotá. Era una tarde nublada de agosto de 2000 y él venía a un foro sobre democracia del Instituto Luis Carlos Galán, que toma su nombre de un candidato presidencial asesinado por órdenes del capo Pablo Escobar. Mi entrevista fue una retribución del instituto por prestarle mis libros del autor a los organizadores del foro, que por entonces no sabían mucho de este reportero polaco de quien se dice cubrió nada menos que 27 revoluciones y golpes de Estados en el tercer mundo. Cuando le conté esto a modo de anécdota, Kapuściński me bombardeó con preguntas y así pude sentir en carne propia la legendaria capacidad inquisitiva del escritor. Sin darme cuenta, el entrevistado empecé a ser yo, algo que le ha pasado a más de uno que ha conversado con el periodista. Por algo el escritor se describió a sí mismo en un artículo (Apuntes nómadadas, en *Letra Internacional*, N°44) como un «detective del otro».

Para mí, la principal de razón de dejar Chile para irme a Colombia fue la posibilidad de cubrir un conflicto armado en terreno: guerrillas, negociaciones de paz, ayuda militar estadounidense en curso y el *boom* del narcotráfico. Pero ahí vino la primera lección de Kapuściński: con su tono amable y su mirada siempre concentrada, me dijo que para comprender y describir una guerra interna hay que ir más allá de la política, es decir, entender por qué la gente está dispuesta a luchar: cuáles son sus

## **Aunque el objeto del periodismo debe ser la búsqueda de la verdad, hoy el interés radica más que nada en que la información sea atractiva para ser vendida fácilmente.**

ideas, sus necesidades, sus miedos y alegrías. En 2004, y con cuatro años de cobertura colombiana en el cuerpo, volví a ver a Kapuściński en un almuerzo con otros periodistas que se hizo en Bogotá. Vaya que tenía razón en su consejo y así se lo hice saber.

Aunque era muy difícil no sentirse inspirado por el desbordante entusiasmo de Kapuściński (quien siempre parecía estar descubriendo algo nuevo en lo cotidiano), la visión que él tenía sobre el estado actual del periodismo no era la mejor. Ya en ese entonces estaba preocupado por el predominio de los aspectos tecnológicos por sobre los de contenido y éticos en el mundo de las noticias. Además, encontraba que los grandes medios de comunicación habían perdido el norte, ya que en vez de buscar la verdad tras los hechos estaban cada vez están más preocupados por «vender» noticias interesantes. Ante ese atolladero sugería dos caminos de salida. Uno apuntaba al «doble taller», que en otras palabras era mantener un proyecto periodístico en forma paralela al trabajo que paga las cuentas a fin mes. El otro, volver a hacer del periodismo una misión para los mejores.

Esta es la entrevista que le hice a Kapuściński en agosto del 2000 y que, hasta ahora, nunca antes había sido publicada:

**—Una constante en sus ensayos es la crítica a que hoy, cuando se aborda el tema del periodismo, se destacan los aspectos tecnológicos por sobre los aspectos humanos. ¿Podría explicar esta preocupación?**

—Creo que un gran peligro que corre nuestra profesión, nuestro mundo periodístico, es que la discusión sobre periodismo (su contenido, su sentido y su misión) está desde hace algún tiempo dominada por gente que no es periodista, sino por técnicos y hombres del mundo financiero. Ellos tratan la información como una mercancía; no les interesa mucho lo que es el objeto del periodismo, la búsqueda de la verdad. Por el contrario, lo que les interesa es que la información sea atracti-

va para ser vendida fácilmente. Y ese cambio de criterio nos lleva hacia un camino muy peligroso, porque se pierde lo que siempre fue la preocupación de los periodistas (al menos de los periodistas serios y responsables). Por ejemplo, tenemos el caso de la ética en el periodismo, de la que ya no se habla. Ahora se piensa en cómo podemos mandar más rápido las noticias, cómo conseguir una transmisión. Pero no nos preguntamos qué noticia enviamos. Estos fenómenos son muy inquietantes. Es muy peligroso que en la discusión dominen los aspectos puramente técnicos y no se hable de los éticos.

Otro tema que me preocupa es que, en virtud de esta rapidez en la entrega de la información (o sea, datos, datos y más datos), se le quita al periodismo la misión que tenía en su tradición europea. Esto era reflexionar, comentar, explicar, contextualizar y dar cuenta de cuáles son los mecanismos detrás de los acontecimientos. Como consecuencia de esta pérdida, los periodistas se han vuelto hombres que no piensan, que no tienen cabeza, que no opinan, sino que son trabajadores corrientes de cualquier cadena de producción en serie de Ford.

El periodismo en sus mejores manifestaciones cuenta con grandes políticos, pensadores y sociólogos. Antes de dedicarse a este campo, muchos hombres que se convirtieron en periodistas eran doctores, profesores universitarios, poetas: siempre algo afuera o más allá de la profesión netamente periodística. De hecho tenemos el caso de Churchill, que fue un gran periodista.

**—Con todo esto usted apunta a que el periodismo ha dejado de ser una misión para transformarse en una profesión o una carrera más.**

—No solamente una carrera, hay algo más peligroso que eso. Se trata de hacer del periodismo una situación totalmente pasajera o accidental. Ahora no se preparan periodistas para la vida. Hoy se prepara a un profesional de las comunicaciones que un día es periodista y mañana va a ser vocero de un ministerio, pasado mañana va a tra-

bajar en una oficina de relaciones públicas y luego en una bolsa financiera. Entonces, se quita lo que fue muy importante para esta profesión: hacer del periodismo una manera de vivir, de ver el mundo y de reflexionar sobre él. Y como ya dije anteriormente, es peligroso abordar nuestra profesión desde aspectos puramente tecnológicos o técnicos, y dejar de lado su sentido de misión.

**—¿Cree usted que el periodismo ha perdido su sentido de misión debido a que las empresas periodísticas están funcionando como cualquier otra empresa, sin importar la especificidad del rubro?**

—Justamente, porque todo nuestro mundo periodístico ahora está en manos de gente que no pertenece a nuestra profesión sino al *big business*. Antes el periodismo era una rama totalmente independiente, que vivía de sus propios recursos. De hecho, en algunos casos de la tradición europea, se vivía muy pobre. Sin embargo, a pesar de esto había una misión, un sentido de responsabilidad frente a la sociedad. Ahora (la prensa) se convirtió en un departamento de grandes empresas financieras y de grandes compañías multinacionales. Y eso es un problema porque ya no se tiene esa fuerza independiente de antes.

**—¿Cómo se puede alcanzar esa independencia? Hay casos de proyectos periodísticos muy buenos y en manos de periodistas, pero que económicamente han fracasado.**

—Esa es la situación en que vivimos; por eso hay que buscar fórmulas. Otro de los problemas con que tenemos que lidiar los periodistas es la presión de la competencia. Muchas veces hay que estar más preocupado por lo que hace el periodista de al lado que de la historia misma. Así, en vez de concentrar nuestra energía y nuestro esfuerzo para reflejar la realidad y tratar de dar una imagen más exacta posible de lo que está pasando, en vez de investigar y buscar las realidades de esta vida, los jefes de las empresas que manejan el campo de los medios de masas están preocupados por la competencia entre ellos, entre las grandes compañías. Eso de nuevo atenta contra nuestro deber más elemental. Además, a eso le sigue una concentración de poder en pocas manos, lo que conduce a otro gran peligro que es la manipulación. Las noticias no son generadas bajo la premisa de dar un cuadro objetivo, sino acorde la necesidad de

hacerlas más atractivas. No prima si son verdaderas o serias, si son profundas. Aunque esta es la situación en que vivimos, se evita hablar del problema. Hoy se habla mucho de los logros en internet, de la revolución electrónica y de los avances en la telefonía celular, que si bien aceleran la transmisión dejan de lado la pregunta fundamental acerca de *qué es* la noticia, o por qué manejamos esta noticia más rápido y no la otra.

**—¿Para usted qué es noticia?**

—Ahí entramos al tema de la definición, porque para que un hecho sea noticia tiene que tener cierto sentido histórico, cultural, antropológico, político y económico: un mensaje. Esto es justamente lo que hoy no despierta interés porque se manejan sólo datos que no necesariamente tienen estas profundidades. En el mundo del periodismo estamos enfrentados a una situación en que se avanzó mucho en los logros tecnológicos, pero a la vez se retrocedió bastante en definir nuestros deberes periodísticos. Lo peor es que no sólo se retrocedió, sino también que ahora no se discute sobre esto, a pesar de su importancia.

**—A través de sus libros usted ha abordado el tema del poder, sobre todo en sus manifestaciones autoritarias. Pero en el caso de las democracias actuales, ¿cómo cree usted que afecta esa manipulación o cambio de enfoque en las de noticias de la usted que habla?**

—La democracia no puede existir sin medios de comunicación libres y los medios de comunicación libres no pueden existir sin la democracia. El problema es cómo definir a esa democracia de hoy, porque hay muchas democracias débiles y falsas que no responden a la definición tradicional.

Si bien los medios de comunicación y los gobiernos compiten por influenciar a las personas, hay fórmulas para que éstos cooperen entre sí en el fortalecimiento de la democracia, y es ahí donde quizás es más difícil la conciliación. Cooperar puede hacer sentir fuerte al gobierno, que siente que no hay peligro por parte de los medios de comunicación. Ese gobierno da campo a la libertad de prensa y entiende la importancia de la cooperación con los medios, entiende que ellos pueden fortalecer la democracia. Pero el gobierno débil y en estado de crisis se siente amenazado, y no coopera con los medios de comunicación. Al

contrario, sospecha de ellos y trata de utilizar todos los métodos para limitar el campo de trabajo con el fin de imponer límites a la libertad de prensa. Entonces, todo depende de la fuerza que tiene el gobierno en un país dado. El criterio es el sentimiento de la fortaleza: si el gobierno se siente débil o si tenemos un gobierno autoritario, que es todavía más débil que cualquier otro tipo de gobierno, estos siempre actuarán como enemigos de los medios de comunicación independientes y tratarán de convertirlos en herramientas del poder.

**—En este sentido, ¿Cuál es la mejor garantía de independencia de un medio frente al poder? Hay quienes apuntan al autofinanciamiento, otros a la ética de los periodistas.**

—Yo creo que el autofinanciamiento en el mundo de hoy es muy difícil de conseguir. Se puede conseguir para revistas literarias pequeñas que tienen un tiraje menor y una influencia muy limitada sobre la opinión pública. Pero los grandes periódicos y las grandes estaciones de radio y de televisión son instituciones del mundo contemporáneo que requieren de un gran poder financiero. Y ese financiamiento no se puede conseguir con la búsqueda en instituciones de promoción y todo eso. Yo tengo mucha fe que a través de nuestra postura ética, nuestra conciencia, se puede conseguir la independencia. El periodista formado, con cierta experiencia y a pesar de todos los problemas, puede tener bastante campo de independencia y de libertad de expresión, donde le sea posible explicarse e informar sus opiniones.

**—Usted sostiene que la prensa el último tiempo está concentrada en entregar datos, datos y más datos. Para alguien que ha viajado durante cuarenta años por todo el planeta, cubriendo todo tipo de hechos que se han plasmado en reportajes y libros, ¿cree que el periodismo está dando una visión fragmentaria o global del mundo?**

—La prensa internacional existe o se desarrolla en dos niveles de profesionalismo e independencia: uno muy alto y uno muy bajo. Entonces, no podemos hablar de una sola situación porque son dos muy distintas. Hay un grupo de periódicos de altos estándares profesionales en términos de calidad de periodismo y de objetividad. En cada país hay uno o dos de este tipo de periódicos.

**—¿Cuáles son sus preferidos?**

—En Francia, es *Le Monde*; en Alemania, *Frankfurter Allgemeine Zeitung* y *Süddeutschen Zeitung*; en Inglaterra, *The Guardian* y *The Independent*; en Italia, *Corriere della Sera* y *La Repubblica*; en España, *El País*, etc.

**—¿Y en América Latina?**

—Hay varios. En América Latina hay muy buena prensa. Aquí (en Colombia) están *El Tiempo* y *El Espectador*. Hay muy buena prensa chilena también, no sé como es ahora pero yo me acuerdo que en mis tiempos estaba *El Mercurio*. En Argentina, están *Clarín* y *La Nación*. En Brasil, están *Estado do Sao Paulo* y *Jornal do Brasil*. En cada país importante hay buenos diarios. Eso es más difícil en países que no tienen recursos como Nicaragua o Paraguay, aunque aún así hay casos como Bolivia donde podemos encontrar muy buena prensa, por ejemplo. En cada continente tenemos lo mismo, ya sea el *Al Ahram* de Egipto o *The Times of India*, que son periódicos de un gran nivel profesional con una gran circulación y que muestran que la prensa buena sí es posible. No es nada de idealismo. Tengo confianza de que, si se encuentra un grupo de periodistas y editores dedicados a hacer un buen trabajo, eso se puede lograr, no es pura fantasía. Es verdad que por otra parte existe la prensa amarilla y barata. Pero para nosotros lo importante es aquella prensa que tiene ambición, que posee cierta visión montada sobre criterios éticos y profesionales.

## Un cronista traduciendo el mundo

Ryszard Kapuściński nació en Pinsk cuando esta ciudad aún formaba parte de Polonia. Siendo aún un niño, las tropas comunistas invadieron su país instaurando el dominio estalinista, lo que influyó en su educación y lo llevó a militar en movimientos comunistas como la mayoría de los jóvenes de su edad.

Cuando tenía 23 años, y luego de terminar su grado en historia y un master en arte que realizó en la universidad de Varsovia, a Kapuściński se le ofreció un trabajo como docente. Sin embargo, él rechazó la oferta y optó por un trabajo en el *Sztandar Młodych*, un pequeño diario polaco, y así dedicarse mejor a la escritura.

Al cabo de un par de meses, este periodista de oficio se hizo conocido en su país al escribir un reportaje que revelaba las falencias y mala administración de Nowa Huta, una fábrica de acero que figuraba como uno de los orgullos nacionales. Aunque Kapuściński había trabajado en ese lugar, el artículo fue una osada maniobra considerando la represión del régimen comunista en el que se veía inmersa Polonia por esos años.

Cuatro años más tarde, Kapuściński comenzó a recorrer el mundo como corresponsal de la PAP, la agencia de noticias polaca, que lo envió a África como su primer destino. Como era el único enviado polaco en el continente africano, debió recorrer todos los países y cubrir todos los sucesos revolucionarios e independentistas, propios de la descolonización, y que se fueron sucediendo entre la década del 50 y el 70. Luego de treinta años, fue enviado a Medio Oriente y al este de Asia, donde tuvo la oportunidad de conocer culturas tan ricas y diversas como la china y la japonesa. También viajó a América Latina donde, igualmente, desempeñó su tarea de arriesgado corresponsal, presenciando golpes de Estado, revoluciones y gobiernos derrotados. Durante todo este tiempo como corresponsal, Kapuściński se dedicó a la entrega de datos, información dura y análisis precisos y concretos, como la que es posible leer hoy en periódicos que cubren la situación internacional.

Sin embargo, con el tiempo comenzó a trabajar en forma paralela en reportajes más extensos, completos, profundos y particulares. Éstos eran trabajos periodísticos que no se limitaban al dato o al documento concreto, sino a un lugar en el que Kapuściński plasmaba sus pensamientos, reflexiones y vivencias experimentadas en los lugares que presenciaba sucesos históricos. Ya no se trataba acerca de la política dura de un país, sino de la reacción de sus habitantes, del sonido de sus calles, del color de sus vidas y de la manifestación de su dolor. Estos reportajes no contienen el hecho aislado, sino que explican y permiten comprender un momento histórico en su contexto y dimensión humana. Esta capacidad de síntesis y convergencia magistral de la antropología, la historia y el periodismo es lo que llevó a la fama al periodista polaco.

Su análisis no entrega una realidad definida, inapelable e indiscutible, sino que deja imaginar y permite investigar. Es, en cierto modo, un periodismo más humilde, pues acepta su subjetividad, permitiendo al mismo tiempo que el lector participe y experimente por sí mismo el proceso histórico descrito.

Esta oportunidad de comprender los acontecimientos en un ámbito más amplio, fue internacionalmente reconocida a principios de los 80 cuando, por primera vez, un libro del autor se tradujo al inglés. Este recibe en español el nombre de *El Emperador* y es un relato periodístico sobre la decadencia del monarca Haile Selassie, el último emperador de Etiopía. Para la construcción de este relato, Kapuściński se basó en su propia experiencia (vivió en el país durante el derrumbe del imperio) y en los relatos de los protagonistas y testigos de la historia, como miembros de la corte imperial y los habitantes de Etiopía de esos años (1974-1975).

Pero la colección de Kapuściński no se queda sólo ahí. Otra de sus publicaciones más reconocidas es *El Sha o la desmesura del poder*, que relata la caída del último emperador de Irán, el Sha Mohamed Reza Pahlevi. Este texto es construido a partir de entrevistas, re-

cortes de periódicos, fotografías y las propias observaciones del periodista polaco, quien se trasladó a Irán poco tiempo después de la caída del emperador. También vale la pena destacar *El imperio*, que relata la decadencia de la Unión Soviética a fines de los años 80. El libro se basa, por una parte, en la vida de Kapuściński en Polonia durante los primeros años de dominación soviética y, por otra, en un recorrido que el periodista realiza por tierras soviéticas en los últimos estertores del imperio y su final desmoronamiento. El contraste entre ambos relatos retrata la verdadera dimensión, tanto histórica como humana, de la caída de aquella particular superpotencia.

Otra de sus grandes obras es *Ébano*. En ella es posible encontrar relatos breves sobre distintos hechos históricos y otros cotidianos experimentados por Kapuściński durante sus treinta años como corresponsal en África. Son historias llenas de humanidad, de colores, olores, sensaciones y detalles, a través de las cuales el periodista es capaz de entregar una imagen vívida del continente, las que le hablan a un lector activo y dispuesto a participar de la lectura completándola con sus prejuicios y vivencias personales.

Los textos periodísticos, por lo general, no dejan vacíos o espacios en blanco, sino que intentan responder a la mayor cantidad de dudas posibles respecto a un tema. Es ahí donde radica una de las grandes diferencias y maravillas de los textos del periodista polaco: Kapuściński le permite al lector involucrarse con la historia, dudar, completar e investigar por su cuenta. No admite a un lector calmo y pasivo, sino a uno ávido de conocer y comprender otras culturas. Por eso, tal vez uno de los principales legados del periodista polaco sea motivar a los periodistas de hoy a renovar la investigación, a recuperar la vocación y buscar una verdad más profunda, más completa, más humana.

Rosario Aranda